

ENTRE LA CAL Y LA PIEDRA

Soplaba el viento con violencia en una de esas tardes en que el ocaso sucede a las últimas horas del día tras un leve soleado temprano, donde al desaparecer el roce del Lorenzo, el aire claudica ante una brisa fría y seca de invierno.

Esa tarde, una de tantas que pasé en Santiago, recuerdo que me acercaba a ese longevo arrabal con la ilusión que profesaba ante estos albores, con aquella misma irrealidad ensimismada que atesoraba cuando contemplaba sus cales y resortes de verdín, con la misma admiración que me vio dar principiantes tañidos de cera nazarena, con la misma que vertía un reguero de luz que iluminaba un despierto camino, ataviado con una raída túnica a la que la inclemencia del trasvase nazareno, había pasado su particular factura.

Con la misma tronera que se habría en mi alma, cada vez que consideraba el hecho de adentrarme por esa antigua collación, al encuentro del calor que se dispensaba en cualesquiera de sus coquetas esquinas, mas con la misma irresolución que me auditaba el subsciente enhebrando hileras de plenitud y regusto.

Pero sin duda, aquélla tarde se mostraba en mi mente inteligible, distinta. La ansiedad, me llevó a personarme en la iglesia antes de la hora acordada, aunque no se si realmente fue la zozobra del ánimo, o la inquietud que mi espíritu sentía mientras aguardaba que apareciera alguien por aquellos lares, para ejecutar algún quehacer transitorio, o sencillamente para dejar que el tiempo fluyera cual sucesión de hechos que sofocan el intranquilo sentir de la cotidianidad mundana.

Mientras, esperaba rodeado de aquella gente de Santiago que parecían entresacadas del costumbrismo decimonónico y reubicadas en ese arrabal en la posteridad del siglo veinte. Ese pequeño pueblo que vivía ajeno al devenir del tiempo, ese celoso fortín del entramado medieval, que se antojaba incorrupto como si por su ciudadanía no pasase la secuencia vital y el intratable proceso de la vida moderna. Parecía como si aquella plazuela, viviera ajena a los cambios que se sucedían unas calles más abajo, en la fortificada ciudad del bajo Betis.

Se mostraba sempiterno, preñado de sonos dispares, de aires, de amaneceres límpidos de impureza, alegre como la amapola en primavera, exultante en la sabiduría que da el surco de la tierra, y la templanza del apero en cuello animal, e idílico cual paraíso de olor añejo, donde resistían, a modo de muralla de sillares en caliza, aquellas casas de vecinos de luces y patios centrados por la pita al abrigo de la fría hierbabuena, donde en las tardes de invierno, apenas penetrabas por la estrechez del Paso de la Duquesa, se percibía un placentero aroma renegó a viejas copas de cisco y a castañas guisadas.

Ese barrio, donde los primillas se suspendían en un cielo azul moteado con impoluto algodón como ningún otro, esa enjundiosa sintonía del palomo asilvestrado, esa queja del gorrión que se encarama al cuasi verde naranjo. Y esa gente que allí había, gente que hoy ya no existe o no vive en Santiago, tantos y tantos moradores viejos que habitaban junto a su antiguo vecino de la plazuela, El señor de Santiago, al que profesaban el respeto y la añoranza de quien abandona casi de noche por la puerta de Córdoba su cal, para alimentarse de la labor campesina y regresa cansado al ponerse el sol, para guarecerse al abrigo de su antaño compañero convecino.

Entre muchos, recuerdo a Rosario, una mujer ciega que apenas encarabas el último tramo que lleva a la iglesia desde la rampa que sucede al Paso de la Duquesa, se escuchaba decir desde el habitual banco que la acomodaba en la plazuela, ¡“Niño, que buenos olores traes”! Comentarios que le posibilitaba su avidez olfativa, que se había desarrollado inevitablemente tras el refreno de su vista, o el viejo Kiki, ataviado con su muletita de aluminio que ayudaba a Luis el Miñi, mientras este regaba el jardincito de la cruz que se sitúa en el centro de la plazuela. O aquella simpática cantinela de Gabrielito mientras te recordaba el santoral. O el titintineo de la voz de Aurelio cuando se disponía a rematar el rezo de la Salve Regina, o el surrealismo de aquellos niños que de súbito aparecían por la iglesia, y lo mismo su imaginación les llevaba a vestirse de Sanedrita judío o de centurión romano, asustando al primer cándido capataz que se adentrase por la iglesia o por la sacristía, o les llevaba a quebrar accidentalmente un casco de romano recién estrenado, provocando la inevitable carcajada en unos y el consiguiente dolor de cabeza en otros, o aquel teatro del arte, nunca mejor dicho, que con la picaresca de los Quinteros alegraba las noches de verano, allá por los humedecidos patios traseros de la iglesia, cual socarronería bañada en gracia de Macedo el viejo y el intrépido Merino.

Ellos y otros muchos que por allí habitaron, sin duda cada uno de ellos era una auténtica biblioteca de Alejandría, sapiencia que ensimismaba en su prolija melodía, y que causaban veneración y nostalgia, admiración y respeto. Una sabiduría que vierte un reguero de son dibujado por el cruel escarpe que se precipita y llega desde la altura del Huerto del Pipa hasta la bajura de la Puerta de Córdoba, que entre cantos de río y roces de geranio, abandona a su paso una dorada nebulosa que determina en dicha a quien la palpa con sus manos, y que sin duda, atraía con una insólita influencia. Influencia que sin desconfianza reportaban los años y la identidad propios de aquel rincón.

Entre esa gente me placía quedarme, soñando constantemente con el día en que me fundiera en una faja jornalera y un costal de saco, reblandecido por la lucha, para acompañar a mi cristo de la columna o a mi virgen de la Paciencia, tal como lo hacía mi amigo Luís, El Miñi, ejemplo costalero de los que por allí andábamos, que tantas anécdotas nos dedicó de los años en que comenzaba su eterna singladura.

Que tendría aquello que me atraía tanto, que bruma se aferraba a aquel ambiente tan embriagador, tan intransferible, tan inenarrable. Que hechizo me cautivaba y tomaba entre sus brazos para que descansara en mis sueños junto a aquel cristo afligido.

Nadie sabe la paz y el placer que me suponía el deambular por aquellas calles, el rozar la mordiente del jaramago que trepa nervioso por la cal, el notar de cerca el abrazo del sol caído por el ocaso, y el ver como se perdía desde la torre cotejada por la sin par cigüeña, vigía-tutelar del baluarte del apóstol Santiago. Era una especie de sana locura inspiradora de remansos pacíficos que sosegaban mi aliento vital, y que me hacían beber de su inagotable fuente. Por ello nunca tuve que beber ni buscar raíz en ningún sitio, aseguro que nunca ningún barrio del mundo, bajo mi tamiz, tuvo más carisma ni tendrá mayor raigambre que ese barrio de Santiago que yo conocí.

Era como volver a mis orígenes familiares, como alargar la mano y tocar con las yemas el cabello recogió de mi vieja Antoñita. Vivía mi día en torno a la ilusión de perderme por la tarde en las calles de Santiago, y afinar el oído para escuchar las parsimoniosas palabras, que algún viejo del lugar me brindaba sobre mi bisabuela Granaína, a la escucha de una furtiva tertulia

costalera, a la peculiaridad del entorno, al quejío del cernícalo, al saludo del oriundo que levantaba sus cejas con gracia, para traspasar el recoveco que se estrechaba entre su boína de paño y su aguileño rostro.

Como decía, aquélla tarde que narro no sería una más de tantas, no era una cualquiera. Ante la prontitud de mi llegada a la plazuela, opté por ir a casa mi amigo Juan Antonio, con el que tanto viví en Santiago, para que me dejara la llave e ir yo adelantando la ejecución de unos christmas navideños que estábamos realizando para mandar a los hermanos.

Así lo hice, tendría doce o trece años, entré como siempre por la apostólica puerta de la lonja, en busca de las luces para iluminar la sacristía, donde teníamos el material para el desarrollo de la actividad, e iluminar los altares del señor de la columna y la virgen de la Paciencia como se acostumbraba. A veces, entrábamos con la ilusión de quien primero accedía era quien ostentaba el privilegio de encender ese día el cristo o la virgen, una entrañable ilusión de niños. Ilusión entremezclada con el improvisado escondite que montábamos, donde siempre había alguno que se escondía bajo el órgano de la iglesia, lugar en el que tantos rubricaron su niñez.

Pero aquel día iba solo, después de recalar en el templo observé, que alguien había dejado el altar del señor encendido. Sería un despiste o la intención blandía su abrazo sobre aquella situación.

En ese instante anduve hasta sus postrimerías y mi mente se quedó clavada al contemplar la imagen de aquel rostro apenado, brillante por la sangre y el reflejo de su llanto. Casi sin darme cuenta entablé un diálogo abstracto con él, un semblante que me observaba cariacontecido, pero a la vez exhumador de grandeza, de alegría incluso, una faz de dolor de hijo y calor de padre. Daría fe de que el señor había veces en que me sonreía. Aquellos instantes junto a él me cautivaron, prendieron mi espíritu llenándolo de quietud y sobre todo paz, muchísima paz. Me convertí en un fiel amigo suyo que acudía a diario en su encuentro. Allí en su atalaya, allí en su remanso.

A partir de esa tarde, siempre me apresuraba para llegar temprano a la iglesia, de súbito, urgía a mi conciencia para obtener la llave y acceder a la que sentía como mi casa. Y tras repetir la diaria rutina luminiscente, a puerta semicerrada, me sentaba en una carcomida banca situada junto a una pila de agua bendita, que habitualmente permanecía seca, para contemplar su sesgada hechura. Ahí me sentía en la más absoluta de las solemnidades, de vez en cuando lo miraba y con complicidad de hermanos, me observaba e instaba al reposo, inducía a recibir la recompensa de su contemplación, de su presencia.

Le meditaba, pedía por mis anhelos, y de alguna manera aunque no se cumplieran, siempre encontraba en mis tardes la connivencia del misticismo de ese Cristo en la Columna.

¡Qué tenía! ¿Qué era aquello que lo rodeaba ante mis ojos cuando escudriñaba sus facciones? ¿De qué manera desaparecía en su semblante, la lagrimita que le cae sobre un costado de su cara, pesada cual guijarro de la calle Calatravas, en aquellas experiencias?

Siempre me acompañaba, nunca pude separarme de su rostro turbado, nunca. Incluso de pequeño, los jueves santos lo veía desde la parte baja de uno de los púlpitos donde me cobijaba con mi túnica y mi antifaz azul, para observar con añorado recuerdo a esos viejos costaleros que mi Cristo llevaba, raleas de jondura que derramaban su simiente por las calles del arrabal, gente de arte que a su longevo vecino portaban sobre sus malogrados cuellos,

costaleros de categoría que me enseñaron con su ejemplo a amar como ama la gente de barrio, como sienten la gente de raza ante el crujío que la madera pega, cuando los zancos violentamente pierden el contacto con el canto rodado. ¡Cómo sentían! ¡Cómo lloraban! cómo fundían sus costales de saco cual puntal de hierro para llevar a su Cristo al cielo de Santiago con su añeja retahíla ancestral.

Me acuerdo de muchos como Chispitas, Piudo, Laureano, Antonio, Luís, Vicente, Bravo, Sabas, Clavellino, Eduardo, Canijo, Chico, Zayas, Pin pin, Raúl el Bicho, gente que con su ejemplo y su sentimiento quíquili, como algunos decían, llevaban al Dios del barrio al más absoluto de los cielos, a aquel cielo azul que yo admiraba en mis tardes de primavera con el canoso fulgor de los ancianos que por allí transitaban.

Me volvía literalmente loco cuando desde el interior de la iglesia, ataviado con un capirote casi fundido por el sudor, daba cuenta de la entrada de su paso en las cercanías de la lonja. Penetraba a paso racheado, amoldando los compases a los vaivenes de la piedra, y llevando el costero al son de cantes saeteros de anónimos jipios. Era el andar puro de Santiago, alargado sobre los dos pies, reposado en el círculo que dibuja la cadera, rebrincaíto cual brote de sangre que se interrumpe en su arteria. Que arte tenía aquella gente, que respeto, que amor por su cristo. Que cantidad de azotes brotaban de sus entrañas, que de sentimientos encontrados en aquella enigmática plazuela.

Que raza más grande, raza que se olvidada de zapatillas y de vueltas absurdas en la base de un pantalón elegido, de costales impolutos y perfectamente elaborados ni camisetas de tirantes, de ornamentos cuidadosamente perfilados ni artefactos que impidieran ver sin levantar la cabeza, de clases teórico-prácticas que pretenden enfrascar la esencia incorpórea de lo verdaderamente puro, olvidados de todo eso. Allí solo había corazón, el corazón espontáneo que se cubría con una camiseta de las de faena, y que entrelazando un rico bocadillo de tortilla en un armazón sin estamentos, se envolvía en un barato y descosido pantalón de chándal con calcetines de listas o raquetas, gateados por encima de la base de un depreciado vaquero y que como la hiedra se dejaba atar por gruesos cordones industriales, más un costal de ruda arpillera marcada. Nada más, esencia pura de quien no entendía de semana santa ni de capillitas de ningún tipo, ni de hermandades de capital, ni de “supuestos profesionales”, que nada esconden tras la artificialidad de la postura. Esencia que les hacía vivir la efeméride de la salida de su cofradía como la fiesta mayor de su barrio, de su pequeño pueblo. Porque Santiago, y de eso pueden estar seguro, no solo es una cofradía, no solo es un barrio con solera, es una forma de vida, es una familia, es un sentimiento. Es la esencia que a fuerza de aldabonazos al corazón, fui asimilando y compartiendo con el Señor de la Columna en mis atardeceres de verano, es la esencia de quien vuelve a la vida de sus mayores aún no habiendo nacido en su calles, pues quien de veras lleva el veneno de Santiago en sus venas, ese nace donde quiere. Es el remedo del obrero que encarga los dobles de su costal a un niño, o el faraón con tocado de arpillera, como dijera algún pintoresco capataz de arte, que se faja con esta amarrada a una rasante reja descalichada, cual antiguo cuadrillero de descarga de la puerta de Córdoba.

Hasta tal punto llegaban esos arrestos que esa gente sentía por su cristo, que un jueves santo en que el llanto de la Reina de Santiago se había transformado en una abundancia tan inmensa, que la tormenta de la cuenca de sus ojos, impidió su paseo por las calles del barrio. Entretanto, pude adivinar por un recoveco del respiradero trasero del Señor, el cuerpo de un hombre introducido en el interior de la caótica parihuela, y que sentado en el suelo, desgarraba su sentío llorando amargamente por no haber podido pasear a su cristo por las calles de Santiago y llevárselo a Carmona. Un hombre que nada sabía de iglesia ni de mitras de

ningún tipo, de sermones ni homilías, pero que desde niño había aprendido como yo a rezar junto al Dios de su barrio de tejas de barro y muros de cal, a penar junto a él por cada gitanilla en flor que caía ante su esbelta hermosura, y a sentir como solo siente quien ha mamado y lleva en su torrente sanguíneo el barrio de Santiago.

Y ese mismo hombre, todavía hoy día, exento de realizar su tarea costalera bajo la parihuela de su azotao compañero, la emprende por los costeros del paso, en cualquier revuelta, en cualquier apartado rincón, en cualquier esquina, en algún perdido callejón es posible escuchar su olé de grandeza mientras enseña, por donde pasa su cofradía, la foto del Señor de la Columna y su mare de la Paciencia, besándolas repetidamente con devota algarabía y fervorosos arrebatos de pureza.

Los sentimientos espontáneos identificaban a Santiago, el dolor de la humildad, la guerrilla costalera desvinculada de artificios medidos, solo y exclusivamente el alma y el arte intrínseco que solo conocen los que pasan penas. Enjundia en sus calles y en sus gentes, pasitos largos y reposaos como el andar del anciano coronado, cual César con su gorrilla de lana a cuadros, como el susurro de la gracia de la vieja del encalado arrabal, como la reja que de fragua nace caracoleando el balcón saetero. Y aún me pregunto en mis anhelos ¡Que tiene el señor de Santiago! venero de gracia y enjundia de barrio.

Y entre ese calor de eterno arrabal, clamor de gentes humildes y buenas, abdicaba ante el paso del tiempo durante las tardes junto a él, junto al señor de la columna, el vecino más longevo de la collación de Santiago.

Hoy, después de tantos años, recibo el difícil encargo de ofrecerle una meditación, meditación que no acierto a encuadrar ni a relacionar con textos bíblicos por mi ignorancia. Que no soy capaz de hacer desde el conocimiento de la doctrina, que no predico desde el púlpito de la sabiduría eclesiástica, pero que sí acierto a hacer brotar de lo más profundo de mis sentimientos, de la jondura del verbo que recibí de aquellos moradores, del eco de su cal preñada de leyenda, del hálito de los viejos que pasaban las tardes junto a mí, al calor de tu barrio de Santiago, de aquellos costaleros que te llevaron sobre sí y que hoy dan testimonio de ti en la calle, de los niños que junto a ti hemos crecido. ¡Cuántos y cuántos! Y de los hermanos casi de sangre que me acogieron con recuerdos de tiempos antaños tras amistades duraderas.

Y todavía aún, desde la lejanía de mis obligaciones, enigmáticamente sigo pasando las tardes junto a él, y me duermo con la ilusión de verlo un nuevo jueves de primavera con el arresto de aquel niño que subía el Pin Pin con su túnica raída. Tiemblo todos los jueves de mis amores, desde lo remoto de unas trabajaderas, que entre sábanas de Holanda pasean a tu mare de la Paciencia, y oigo el murmullo de viejos vecinos costaleros tuyos vitorear a la gente que te porta diciendo, “Cuidaíto con él miarma, que lleváis lo más grande de Santiago”. Con el cariño y la devoción con que yo aprendí a amarte.

¡Ay Dios mío!, este año, este bendito año, y que casualidad que me encomienden a mí esta tarea, sabrá la gente de mis tardes junto a ti señor, sabrá la gente que de nuevo en Santiago nos reencontramos los dos.

Ora el reniego se disipa, atrás años de forzado exilio, cerca de aquella misma banca que cual carcomida madera se aferraba a un enlosado de barro al horno cocido. Al frente, cual fulgor de menuda simiente, sublevo mi mente a la angostura de un recuerdo contemplado, de impoluta

belleza, pertrechado por una faz, repletita de nobleza. Clarividente el claroscuro de la barba de tu hechura, nostalgia de una tarde de saetas por tonás, veneno atesorado en venas que figuran, atrapadas de un torrente cansaíto de brotar, al son de marmórea columna.

Desde mi banca de palo puedo contemplar la sensación de una levantá agreste, caminando a pasito reposado abandona el arrabal esperando, atendiendo la vuelta, en una madrugá de sueños y quimeras, sentimientos bien alegres, al frío ardiente de un alma vieja que aguarda al pie de un prolijo altar, engalanado de grandeza

Donde yo te conocí, allá por una tarde de abril de amapolas y azucenas cual rincón ahora de nuevo te encuentro, cerca del lugar en que mi alma claudica, señor de mis sentidos y mis anhelos , Señor de ida y vuelta a un barrio de color, naranjo y blancos muros arte, gracia, gentes humildes y olor a hierbabuena

Señor de la puerta de Córdoba , Gil de Palma y San Marcos, Alférez, Calatrava, Callejuela el codo y Luis de Rueda, vuelvan la vista y el corazón, vuelvan la gente buena, a rendirte pleitesía en Santiago al calor de la cal y el naranjo, el jazmín y el azahar de un atardecer en primavera.

El rumor porta un airecito aromanzado que pasea en su seno lamentos de hombres que proceden de los extramuros, del trabajo campesino maltratados, gente que desde su carmen organizado, clamó la ida del señor de la Plazuela, y lloraban en un tono hablao con un susurro de llanto con empaque y bien cantao, “Que dolor en Santiago, como mi pena ninguna, se han llevao de mi barrio, al señor de la columna”. Y que hoy, desde su fortificada atalaya, repican en el silencio al compás de una vara de palo, en el aire alcareño de Joaquín el de la Paula, mientras cantan en la plazuela un tercio llorao, de sus entrañas parío, a su cristo retorno;

“Estoy llorando en la Plazuela
con mi señor azotado
que al barrio hoy regresa
a su columna abrazao”

“En la columna lo llevamos
su gente que bien lo quiere
y a su verita le cantamos
que alegría que hoy regrese
mi señor de Santiago”

EPÍLOGO

“Cuando el sol se esconde en la tarde y la luna bate su más cruenta batalla a las estrellas del cielo el intrépido quíquili añora la connivencia del Señor de Santiago el vecino más viejo”

*José Enrique García Gutiérrez
Marzo de 2008*

AGRADECIMIENTO

Especialmente dedicadas estas austeras, aunque sentidas reflexiones a todo aquel que como yo, vive y vivirá con la ilusión y el orgullo de ser de Santiago; “No solo un barrio con solera, no

solo una cofradía, sino una familia, una forma de vida, un sueño que vivimos de pequeños y que llamaban Santiago, un sentimiento”.

Y en especial, mi más cordial y sincero agradecimiento a mi amigo Don Manuel Rodríguez Alonso (Manolín) que me dio la oportunidad de darle *este pequeño pregón*, a ese señor cariacontecido que tanto quiero, “EL SEÑOR DE LA COLUMNA”.

